



Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta

La clase media chilena y la dictadura militar

MARCELO CASALS A.



SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

CONTRARREVOLUCIÓN,
COLABORACIONISMO
Y PROTESTA

MARCELO CASALS A.

Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta

LA CLASE MEDIA CHILENA
Y LA DICTADURA MILITAR



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, FCE Chile, 2023

Casals A., Marcelo

Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta. La clase media chilena y la dictadura militar / Marcelo Casals. – Santiago de Chile : FCE, 2023

374 p. ; 23 × 17 cm – (Colec. Historia)

ISBN 978-956-289-291-9

1. Chile – Aspectos sociales – 1973-1988 2. Chile – Aspectos económicos – 1973-1988 3. Chile – Política y gobierno – 1973-1988 4. Comunismo – Chile I. Ser. II. t.

LC F3100 C37

Dewey 983.064 C135c

Distribución mundial para lengua española

© Marcelo Casals A.

D.R. © 2023, Fondo de Cultura Económica Chile S.A.

Av. Paseo Bulnes 152, Santiago, Chile

www.fondodeculturaeconomica.cl

Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Coordinación editorial: Fondo de Cultura Económica Chile S.A.

Diagramación: Macarena Rojas Lfbano

Fotografías de portada: Superior: Obra de Marcelo Montecino, 1973. Reproducida con permiso del autor. Inferior: Publicada originalmente en *Hoy*, N° 459, 5 al 11 de mayo de 1986, 7.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de los editores.

ISBN 978-956-289-291-9

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción</i>	17
1. Contrarrevoluciones, dictaduras y experiencias sociales autoritarias.	21
2. La elusiva clase media.	28
3. La formación de la clase media chilena	37
 Capítulo I	
<i>La insurrección de la clase media</i>	49
1. Allende en el poder: la “luna de miel”	51
2. El quiebre	57
3. El paro de octubre.	66
4. La clase media contrarrevolucionaria	75
5. Hacia el golpe	82
 Capítulo II	
<i>Aplaudiendo a los vencedores</i>	90
1. La “sincronización” de la clase media	90
2. El “trauma épico” de la Unidad Popular	116
3. Los ritos públicos	116
4. La justificación de la represión	122
 Capítulo III	
<i>Colaborando con el nuevo orden</i>	137
1. Participación social y corporativismo	138
2. Negociaciones. La clase media y la reapertura del Estado	149
3. Diplomacia civil: la clase media y la “campaña antichilena”	164
 Capítulo IV	
<i>Del Estado al Mercado</i>	178
1. Las reformas y la clase media.	180
2. Primeras reacciones: críticas económicas, adhesión política	188
3. El <i>boom</i> del consumo	196

4. “Modernizaciones” e “institucionalización”: la clausura del Estado	207
Capítulo V	
<i>La clase media y la “oposición moral”</i>	226
1. La clase media precarizada	228
2. El paradigma de los Derechos Humanos y la indignación moral.	239
3. Dos casos de estudio: Colegio de Abogados y Masonería	252
4. La crisis	268
Capítulo VI	
<i>La clase media democrática.</i>	276
1. La clase media y la explosión de las protestas	278
2. La clase media y la educación	293
3. La Asamblea de la Civilidad.	302
4. Derechos Humanos y anti-neoliberalismo	321
5. Hacia la restauración democrática	329
<i>Conclusiones</i>	339
<i>Fuentes y Bibliografía</i>	349

*A mis sobrinos León, Clarita, Jerónimo y Agustín. Que el
turbulento pasado que relata este libro ilumine el futuro que
les pertenece.*

*A la memoria de la historiadora Olga Ulianova (1963-2016),
maestra en tantos sentidos. Espero poder algún día estar
a la altura.*

AGRADECIMIENTOS

EN ALGÚN SENTIDO, este libro comenzó a pensarse cuando aún era un adolescente curioso, aunque sin las herramientas para llegar a respuestas sólidas. Mis inquietudes de entonces eran tan opacas como la vida de un joven de clase media de la capital chilena en los años 90. Casi a tientas y lleno de dudas, supuse que la historia podía darme claves de sentido de la realidad política y social que me rodeaba y que escasamente entendía. Ahí empezó todo, y en esa dirección espero que continúe. En esa búsqueda sin fin, además, aspiro a aportar al trabajo colectivo del estudio y la reflexión histórica de esta parte del mundo. Si de algo sirven todos estos desvelos, creo, es para iluminar nuestro presente siempre abierto e incierto con una comprensión compleja de la realidad, precisamente la que carecía en mis años adolescentes. Más que un faro hacia el cual navegar, la historia es la reflexión sobre el camino recorrido y las condiciones y decisiones que lo han definido. Allí radican las posibilidades emancipatorias del conocimiento histórico. Compartir mis hallazgos y presentar un grano de arena al debate político y social contemporáneo es, también creo, un aporte a la construcción de una comunidad verdaderamente democrática y civilizada. Espero que ese modesto y a la vez ambicioso objetivo se cumpla. Los lectores juzgarán.

Más allá de los orígenes remotos de la pregunta que anima esta investigación, lo cierto es que la escritura de este libro tomó mucho más tiempo del esperado. Supongo que a estas alturas ya es un mal endémico de investigaciones de largo aliento. El camino que se recorre suele terminar siendo muy distinto al proyectado, dados todos los desvíos largos o breves, las pistas que se dejan de lado y los descubrimientos que exigen revisar las hipótesis e intuiciones iniciales. Nada nuevo hasta aquí, como cualquier investigador de la historia (o de cualquier otra disciplina) lo ha experimentado. Como sea, si este libro llegó a sus manos fue porque en ese sinuoso y a ratos accidentado recorrido no estuve solo. Tuve y tengo la suerte de rodearme de maestros, colegas, familiares y amigos que nutren mi vida y que, además, aportaron de diferentes maneras a la finalización y publicación de este texto. A veces fueron datos útiles que permitían confirmar sospechas, otras preguntas incisivas que obligaban a explicaciones que evidenciaban mis dudas e inconsistencias. También hubo palabras de aliento o simplemente compañía, sin lo cual muchas de las cosas que se experimentan en estos proyectos pierden el sentido.

Las primeras formulaciones del problema aquí estudiado fueron realizadas en el marco del programa de Doctorado en Historia de América Latina de la University of Wisconsin-Madison, en Estados Unidos, que inicié en la primavera boreal del 2012. En ese entonces, el programa estaba dirigido por tres extraordinarios historiadores con quienes tengo una deuda difícil de saldar: Steve J. Stern, Florencia E. Mallon y Francisco Scarano. Una vez superados mis exámenes de candidatura —los temidos *prelims*—, Steve asumió las tareas de dirección de tesis. Su calidad humana, experiencia formativa e impresionantes dotes intelectuales permitieron canalizar mis muy toscas ideas en un tema concreto y abaricable, y finalmente en una tesis terminada que defendí en mayo de 2017. Podría llenar varias páginas en agradecimiento, pero estoy seguro de que incomodaría la modestia natural de Steve. Valga decir, a modo de injusto resumen, que si alguna virtud hay en este libro y en mi trabajo como historiador, se debe a las enseñanzas, orientaciones y lecturas de Steve Stern. Para él, mi primer y más sentido agradecimiento.

En Madison, además, tuve la suerte de estar acompañado de compañeros y amigos talentosos. A través de largas discusiones, lecturas en común y más de una cerveza, Ingrid Bolívar, Adela Cedillo, Viviana Quintero, Jake Blanc, Bridgette Werner, Geneviève Dorais, Jessica Kirstein y Valeria Navarro, entre otros, dieron forma de una u otra manera al proyecto del cual deriva este libro. A ellos se sumaron estudiantes de otras disciplinas que también aportaron lo suyo, como Jackson Foote, Jaime Vargas Luna, Alec Shumacher, Jorge Zeballos, Paula Henríquez y José Ignacio Medina. Mis agradecimientos también a Isabel Suárez.

En Santiago recibí la ayuda de muchísimos colegas y amigos. Las brillantes historiadoras Verónica Valdivia y Olga Ulianova aportaron con pistas y sugerencias en los inicios de la investigación de campo. También ayudaron mis queridos amigos de la ya fenecida *Revista Red Seca*, una comunidad política, intelectual y de otras cosas de la que no paro de aprender. Gracias Mauricio Salgado, Javier Castillo, Luis Thielemann, Joaquín Fernández, y a todos los que pasaron por sus filas. También mis reconocimientos a mis colegas Andrés Estefane, Juan Luis Ossa y Andrés Baeza, compañeros y amigos en este oficio hace ya un par de décadas. Los tres me escucharon varias veces hablar sobre los temas tratados en este libro, y no dejaron escapar ningún punto débil de la propuesta. Alfredo Riquelme siempre ha sido un referente para las muchas dudas que me asaltan desde aquel lejano día en que se convirtió en mi profesor, y luego en mi amigo. Alfredo no solo leyó versiones parciales de este manuscrito, sino que también me ayudó a llegar a un título que me convenciera, y no es primera vez que lo hace. Tanya Harmer y Eugenia Palieraki —historiadoras de primer nivel— me honran con su amistad y sus consejos siempre certeros en la a veces ingrata vida académica. El ramillete de historiadoras/politólogas compuesto por Isabel Castillo, Paula Lekanda y Mariana Perry aportaron con años de amistad, humor y discusio-

nes más serias sobre la investigación en curso. Marianne González Le Saux, Patrick Barr-Melej y Azun Candina lo hicieron desde sus conocimientos ya maduros en el estudio de la clase media chilena.

En mi breve paso como investigador del desaparecido Centro de Estudios de Historia Política de la Universidad Adolfo Ibáñez pude compartir con colegas de primer nivel humano e intelectual. Sin duda lo más valioso de esa institución. Allí me encontré con los ya mencionados Andrés Estefane y Juan Luis Ossa, pero también con Francisca Rengifo, Macarena Cordero, Mariana Labarca, Javier Wilenmann, Aldo Mascareño, Nicole Gardella, Rafael Alvear, José Antonio Errázuriz, Andrea Repetto y Carolina Apablaza, entre tantos otros. Cada uno aportó a su manera. Los estudiantes del Doctorado en Procesos e Instituciones Políticas de la Escuela de Gobierno, en el que enseñé mientras fui parte de esa universidad, me invitaron un par de veces a hablar sobre el tema de este libro. De vuelta recibí observaciones y sugerencias inteligentes, muchas de las cuales fueron incorporadas. También colaboraron los distinguidos catedráticos de la Escuela de Derecho en sus largas y animadas jornadas de almuerzo, liderados por el infatigable Samuel Tschorne. Samuel, dueño de una curiosidad intelectual sin límites, es quizás la persona que más preguntas me ha hecho sobre esta investigación, y en más de una vez me puso en apuros. Gracias, Samuel.

José Miguel Corrales, Matías Correa, Pato Mena, Mariano Tacchi, Gerardo Valle, Sergio Pastene, Macarena Ríos, Francisca Santana, Nicolás Lema, Rafael Gaune, Matías Bascuñán, Manuela Ossa, Bárbara Silva y Víctor Brangier me han honrado —y lo siguen haciendo— con su amistad, y más de alguna vez tuvieron que aguantar mis reflexiones en voz alta en torno a este libro. Lo siento, muchachos. El glorioso Club Deportivo Universidad Católica ha aportado con alegría tras alegría en los últimos años, aunque sé que nada es para siempre. Mis padres y hermanos también estuvieron presentes. Algunos preguntando sobre la investigación en curso, otros ayudándome a derribar obstáculos institucionales y llegar a los archivos de organizaciones de clase media, como fue con el caso de los archivos del Colegio de Abogados y la Gran Logia de Chile, por intermedio de mi hermana María Josefina y mi padre, Marcelo, respectivamente. Lo que más hubo, y más valoro, fue compañía y afecto, multiplicados después cuando uno a uno empezaron a llegar a este mundo mis sobrinos. No podría pedir nada más.

En el desarrollo de la investigación y todo lo que ello implica hubo personas que aportaron con su trabajo y compromiso, muy por encima de lo requerido. Alejandra Araya González me ayudó cuando todo esto no era más que un proyecto doctoral apurado y a tientas. Francisca Espinosa supo maniobrar por los difíciles terrenos de los archivos que no son archivos, o todos esos libros de actas antiguos y empolvados guardados en estantes olvidados que muchas organizaciones no consideran relevantes. Gorka Villar también tuvo que pasar por eso, y además me acompañó durante buena parte

de esta investigación. Disfruté de su trabajo, simpatía y amistad, y lo sigo haciendo. Tuve el honor inmerecido de contar con la asistencia de un joven y brillante historiador del que no paro de aprender. También mis agradecimientos para todos aquellos funcionarios de archivos —oficiales o no— a quienes molesté más de alguna vez: Karina Puentes, de la Confederación Nacional de Dueños de Camiones de Chile; Orlando Sharp, de la Confederación de Comercio Detallista; Mariela Miranda, de la Biblioteca del Colegio de Abogados; Viviana Olave y Moisés Pastrían, de la Asociación de Dueños de Camiones de Santiago, y Roberto Gesche, del Colegio de Ingenieros de Temuco. También a Manuel Bravo y José Manuel Pérez, del Archivo de la Gran Logia de Chile; Maddalena Maggi y su equipo, de la Sección Procesamiento de Prensa de la Biblioteca del Congreso; Rómulo Salas Paillalef, archivero que sabe mezclar la diligencia y la intuición con una simpatía a prueba de todo, del Archivo Regional de la Araucanía en Temuco. Los funcionarios del Salón de Investigadores, Hemeroteca, Prensa, Sala Medina y Sección Chilena de la Biblioteca Nacional me han ayudado ya desde hace un par de décadas, pero fueron mi salvación cuando la pandemia de covid-19 empezó a darnos algunos respiros y algunas de las dependencias de la Biblioteca pudieron reabrir. Lo mismo vale para Paula Caffarena, directora del Centro de Investigación y Documentación (CIDOC) de la Universidad Finis Terrae, quien me dejó consultar la generosa hemeroteca de ese lugar cuando era casi imposible hacerlo en otra parte. El CIDOC y la Escuela de Historia de dicha universidad, además, me acogieron entre sus filas como investigador y profesor desde mediados de 2022, algo que me llena de alegría. Gracias también al fotógrafo Marcelo Montecino por permitirme usar su espléndida foto en la portada de este libro.

Fondos provenientes de la University of Wisconsin-Madison, de la Universidad Adolfo Ibáñez y de la antigua Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT, hoy Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, ANID) del Gobierno de Chile aportaron con los recursos necesarios para este tipo de cosas. CONICYT/ANID financió mis estudios doctorales a través del programa Becas Chile, y luego aprobó mi propuesta para profundizar y extender este tema con el proyecto Fondecyt Iniciación N° 11180155. Sin el financiamiento estatal a la formación y la investigación no podría autodenominarme historiador ni tampoco este libro existiría. Con estos fondos, además, pude discutir avances parciales y resultados finales con colegas de distintas latitudes, tanto en Santiago y en Valdivia como en Belo Horizonte, Lima, New York, Buenos Aires, Oxford, Madrid, Venecia y Barcelona. Allí tuve que resistir las embestidas de colegas de enormes capacidades, como Rodrigo Patto Sá Motta, Ernesto Bohoslavsky, Alan Knight, Eduardo Posada-Carbó, Fernando Camacho o Vanni Pettinà. Muchas veces me pusieron contra las cuerdas, cual *sparrings* exigentes. Si los eventos académicos tienen algún sentido, es precisamente para contar con mentes agudas a tu disposición y testear hipótesis o resultados. En Barcelona, además, pude

contar con la hospitalidad del Centro d'Estudis sobre Dictadures y Democràcies (CEDID) de la Universitat Autònoma de Barcelona durante una estadía de investigación que acabó justo antes de que el mundo se paralizara por la pandemia de covid-19. Gracias especialmente a Ricard Martínez i Muntada, Martí Marín Corbera, Pere Ysàs y Carme Molinero por la simpatía, ayuda e interés por mi investigación.

Mis agradecimientos también a Rafael López Giral, director de la filial chilena del Fondo de Cultura Económica, por cometer la imprudencia de confiar en este proyecto y en este libro. Bienvenidos sean los imprudentes en la industria editorial. Por último, pero no menos importante, muchas gracias al Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio del Gobierno de Chile, quien reconoció a esta obra con el Premio de Investigación en la categoría inédita el año 2021. Un honor inesperado.

Por supuesto, todo error o inconsistencia que pueda presentar este libro es de mi exclusiva responsabilidad.

INTRODUCCIÓN

CONSIDEREMOS LAS DOS SIGUIENTES ESCENAS. La primera, bien conocida, transcurre el 11 de septiembre de 1973, durante el bombardeo de las Fuerzas Armadas al Palacio de La Moneda en el centro de Santiago, como parte de la conspiración militar que derrocaría a la Unidad Popular. Salvador Allende, entonces Presidente constitucional de la República, encontró un improvisado refugio bajo un escritorio para desde allí difundir vía telefónica su último discurso a través de las pocas estaciones de radio que los militares aún no habían silenciado. En su alocución, Allende recordó a las bases políticas y sociales de la “vía chilena al socialismo” que el “proceso social” era inexorable, y que la victoria de los militares insurrectos no podía ser sino un breve paréntesis en la marcha de los pueblos hacia su propia liberación. Hasta allí, era el relato común de las fuerzas de izquierda de la época. Sin embargo, Allende introdujo un aspecto no del todo evidente en esa coyuntura. Refiriéndose al levantamiento militar, tuvo palabras para los sectores sociales organizados que se habían movilizado contra su gobierno. La única mención concreta fue para los colegios profesionales, tildándolos con un indisimulado desdén de “colegios de clase para defender también las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos”.¹

Con esa frase, Allende reconocía en sus últimos momentos un hecho importante: la oposición política a su gobierno, la que había abierto las puertas a la conspiración golpista de las Fuerzas Armadas, había logrado aglutinar tras de sí a una diversidad de actores sociales. Ese bloque contrarrevolucionario iba más allá de los partidos políticos de derecha y los dueños del capital, e incluía, entre otros, a sectores medios agrupados en un sinnúmero de organizaciones, como los colegios profesionales aludidos, que más allá de sus diferencias los hermanaba una apelación común a la identidad social de clase media. Entre ellos se contaban los transportistas y los comerciantes, que habían sido los protagonistas de los desafíos sociales más importantes para la Unidad Popular, como el paro de octubre de 1972. En el fragor de la lucha política y la polarización social, estos grupos vieron

¹ Cit. en Gonzalo Martner, ed., *Salvador Allende. Obras escogidas: período 1939-1973* (Santiago: Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar; Fundación Presidente Allende, 1992), 670.

en la izquierda en el poder una amenaza directa a su condición mesocrática, a las jerarquías sociales que la sostenían y, en términos generales, a las formas republicanas y civilizadas de convivencia. No es casualidad que ese mismo 11 de septiembre —como lo retrata tan bien la primera fotografía de la portada de este libro, obra de Marcelo Montecino— esos sectores celebraran efusivamente el comienzo de la dictadura militar.

Segunda escena, quizás menos icónica. Trece años después, en 1986, un grupo de dirigentes de organizaciones sociales ofreció una conferencia de prensa en una pequeña sede gremial de la capital. Tal como ilustra la segunda fotografía de la portada —publicada originalmente en la revista *Hoy*—, el anhelo que los unía podía sintetizarse en el lienzo que ocupa el centro de la imagen: democracia. Es la directiva de la Asamblea de la Civilidad, una instancia de oposición a la dictadura militar creada a principios de ese año para construir la tan anhelada unidad de todas las fuerzas a favor de la restitución del régimen democrático. Las protestas nacionales que habían estallado en 1983 habían masificado la oposición al régimen, pero también causaron hondas divisiones entre quienes contemplaban “todas las formas de lucha” para derrocar al régimen y quienes se abrían a una transición negociada con los militares. Para 1986, esas divisiones, y también la feroz represión dictatorial de las protestas, habían provocado cierto inmovilismo en las mayoritarias fuerzas sociales de oposición. La idea de crear la Asamblea, lanzada por el Dr. Juan Luis González, presidente tanto del Colegio Médico como de la Federación de Colegios Profesionales, fue recogida por organizaciones sociales de todo tipo, aunque el núcleo directivo tuvo un innegable tinte mesocrático: profesionales, mujeres feministas de cierto estatus, académicos, estudiantes, comerciantes y camioneros, entre otros. Muchos de ellos, además, eran militantes de partidos políticos centristas, especialmente de la Democracia Cristiana, y al igual que ese partido habían participado de la movilización de masas contra Allende y habían apoyado a la dictadura en sus primeros años. De hecho, para muchos el paralelismo era evidente, con la notoria diferencia de que ahora el punto no estaba en frenar un proceso revolucionario, sino en provocar las condiciones para el fin de una dictadura militar contrarrevolucionaria. En ello no estaban solos. La Asamblea de la Civilidad, de hecho, tuvo un éxito tan masivo como breve. Convocó a un enorme paro nacional el 2 y 3 de julio de 1986, que revivió el ambiente de desobediencia civil de las protestas que se habían multiplicado en 1983 y 1984. La dictadura, sin embargo, reprimió con dureza las manifestaciones, llegando a encarcelar por varias semanas a toda la plana mayor de la Asamblea. De ahí en más, el camino estaría marcado por el itinerario de transición que el propio régimen se había dado y que culminaría en el plebiscito de 1988.

Este libro busca comprender cómo fue posible ese desplazamiento desde un bloque social contrarrevolucionario a una oposición democrática de masas durante la dictadura militar. En otras palabras, aspira a entender

las alianzas, fracturas y reordenamientos a nivel de actores sociales durante la larga experiencia autoritaria chilena. Para ello, esta obra fija la mirada en un conjunto representativo de la *clase media organizada chilena*. Al ajustar el lente de esa manera, sostengo, es posible percibir transformaciones que en perspectivas preocupadas casi con exclusividad por instituciones como el Estado o en actores políticos como los partidos suelen pasar desapercibidas. De esa manera es posible adentrarnos en la *experiencia social del autoritarismo* desde la perspectiva de quienes, en su mayoría, no se contaron entre las víctimas de la represión estatal ni tampoco entre los círculos del poder autoritario. Esa experiencia social, por de pronto, fue diversa y dinámica, aun cuando puedan reconocerse patrones comunes. De hecho, priman trayectorias cambiantes y movimientos inesperados, como los que llevaron a muchos miembros de la clase media chilena, los mismos que celebraron la reacción contrarrevolucionaria y golpista de 1973, a oponerse tiempo más tarde al régimen que con diferentes grados de intensidad habían aplaudido en un principio. Todo ello se produjo en un escenario especial. La dictadura militar fue sin duda el período de mayores cambios estructurales del siglo xx chileno, y ello impactó directamente en las formas políticas, sociales y culturales en que se entendía la clase media. En ese sentido, a través del estudio de actores pocas veces considerados en las narrativas del período es posible observar el peso de las circunstancias y las formas en que distintos individuos y organizaciones lidiaron con ellas. Este libro, entonces, es un intento por aportar a una comprensión compleja del período de la dictadura militar desde la perspectiva de actores sociales mesocráticos y su involucramiento en las distintas manifestaciones de conflicto y colaboración política de su época.

El tránsito entre la identidad “contrarrevolucionaria” de los sectores medios organizados que celebraron el golpe militar de 1973, y su redefinición “democrática” y opositora a los deseos del régimen de perpetuarse en el poder en los años 80, encuentra su explicación en la propia naturaleza del régimen, en las condiciones de su emergencia, su radical proyecto de cambios estructurales impuestos desde el Estado autoritario, y las reacciones, conflictos y decisiones adoptados por la clase media organizada ante esas cambiantes condiciones. En concreto, en este libro argumento que ese desplazamiento de la contrarrevolución a la democracia estuvo dado por la clausura, en los años de la Unidad Popular, de los canales de negociación y participación con el Estado que los grupos de clase media habían construido y gozado durante las décadas centrales del siglo xx, y que parecieron haberse reconstituido en los primeros años de la dictadura militar. Los rencores acumulados durante la contrarrevolución de masas contra la Unidad Popular y los llamamientos explícitos de muchos de los líderes mesocráticos a la intervención militar hicieron que esas organizaciones apoyaran con entusiasmo la instalación de la dictadura, defendiéndola de sus críticos dentro y fuera de Chile. Gracias a ello, durante los primeros años de autoritarismo pudieron tener acceso a las

nuevas autoridades y plantear directamente demandas sectoriales. Todo ello fue posible porque la dictadura desplegabá, al mismo tiempo, un inmenso esfuerzo represivo contra la izquierda derrocada y sus bases sociales. Los militares en el poder no se vieron constreñidos por los balances institucionales de los gobiernos democráticos anteriores y apelaron al uso de niveles de violencia que los chilenos de entonces no habían experimentado. Exoneraciones, detenciones, torturas, fusilamientos, desapariciones y exilio fueron, desde ese momento, una realidad sentida directamente por centenares de miles de ciudadanos. Las organizaciones de clase media, al mismo tiempo que acallaban y excluían a la oposición interna, no pusieron reparos al nuevo orden de cosas.

La erosión posterior de la legitimidad dictatorial, en esa misma línea, estuvo dada por la nueva clausura de esos canales en el marco de las reformas económicas que poco después recibirían el nombre de “neoliberales”. En ese escenario, la dictadura no solo se mostró insensible a demandas sectoriales de organizaciones mesocráticas, sino que también embistió contra todo el edificio institucional en torno a un Estado que hasta entonces había respondido en muchas dimensiones a los intereses, expectativas y necesidades de la clase media. Las radicales reformas económicas implementadas desde mediados de los años 70, en ese sentido, pusieron en tensión las formas, contenidos y límites del ideal social mesocrático. Entre otras cosas, el régimen fomentó una revolución en las pautas de consumo que tuvo un impacto directo en la forma en que se entendía entonces a la clase media. Sin embargo, ese proyecto de reconstrucción del ideal mesocrático chocó con la precarización de partes significativas de sus miembros y, al mismo tiempo, con la indignación moral ante una represión que fue cada vez más difícil justificar en nombre de la contrarrevolución. En ese sentido, la codificación de la represión en términos del emergente lenguaje de los Derechos Humanos horadó poco a poco la hegemonía dictatorial en segmentos significativos de la clase media organizada. Todo ello ayudó a generar espacios limitados aunque crecientes para la reorganización de grupos alienados del autoritarismo que pudieron hacerse oír al interior de estas organizaciones. Una vez que el modelo económico entró en una profunda crisis, a inicios de los años 80, este desplazamiento hacia una oposición democrática pudo completarse. El ciclo de protestas nacionales iniciado en 1983 —con notorio protagonismo de las organizaciones de clase media— modificó radicalmente el equilibrio de fuerzas y, sobre todo, las posibilidades de proyectar en la esfera pública expresiones de disenso. En ese nuevo escenario, buena parte de las organizaciones de clase media aspiraron a la restitución democrática en nombre del uso legal y moral del aparato del Estado, y de sus posibilidades de incidir en el orden post-autoritario que ya vislumbraban.

Tanto el estudio de los regímenes autoritarios como el de la clase media ofrecen múltiples entradas de análisis y no pocos problemas en su abordaje.

Son, de hecho, dos campos de estudio de dilatada trayectoria y no muchos consensos. Por eso es que se hace ineludible dedicar unas líneas a las decisiones teóricas y metodológicas en las que se basa este libro. Es también una forma de dar cuenta del aporte al conocimiento de la historia reciente chilena que esta obra pretende hacer.



El golpe militar del 11 de septiembre de 1973 contra el gobierno de la Unidad Popular no fue producto exclusivo de la decisión de los altos mandos de las Fuerzas Armadas de destruir la democracia chilena. También fue posible gracias a un masivo movimiento contrarrevolucionario forjado en la lucha política contra la izquierda en el poder, en el que destacaron organizaciones sociales que se entendían a sí mismas y eran reconocidas como las representantes de la clase media. Este libro describe la trayectoria de esa clase media organizada —profesionales, transportistas, comerciantes, pequeños empresarios, masones, entre otros— desde su movilización contrarrevolucionaria, la colaboración en distintos niveles con la dictadura militar instalada en 1973, hasta su desafección con ese régimen y su participación en las masivas protestas nacionales en los años 1980. Es, por tanto, una historia política, social y cultural de la dictadura desde la perspectiva de quienes asumieron y movilizaron la identidad de clase media. De ese modo es posible complejizar nuestra comprensión del período a través de la experiencia, dilemas, ambivalencias y decisiones de sectores no siempre considerados en la reflexión histórica.

